Esta es una pequeña muestra
del libro *Verdadera felicidad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!

Verdadera felicidad

Una exposición del Salmo 1

Verdadera felicidad

Una exposición del Salmo 1

D. Martyn Lloyd-Jones

POIEMA
LECTURA REDIMIDA

EDITORIAL PEREGRINO
LA EXCELENCIA DE LA PALABRA

Verdadera felicidad
D. Martyn Lloyd-Jones

© 2004, 2012 por Editorial Peregrino
© 2026 por Poiema Publicaciones
Editorial Peregrino es un sello editorial de Poiema Publicaciones.

Traducido con el debido permiso del libro *True Happiness* © 1997 por Elizabeth Catherwood y Ann Desmond. Todos los derechos reservados. Publicado por Gwasg Bryntirion Press.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la Versión *Reina–Valera* 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla LBLA han sido tomadas de *La Biblia de las Américas* © 1986, 1995, 1997 The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

Impreso en Colombia
ISBN: 979-8-952755-02-4
SDG

1. La búsqueda de la felicidad 6

2. El tamo 36

3. El árbol 66

4. Los dos caminos 96

La búsqueda de la felicidad

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado;
Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.

(Salmo 1:1-2)

Este primer salmo es de gran interés y los expertos están de acuerdo en que es verdaderamente significativo. Sin lugar a dudas, es una especie de introducción general a todo el libro de los Salmos. Este es un libro que enseña una filosofía concreta, una forma de ver la vida. También la encontramos en Proverbios y en los otros libros de sabiduría (Job, Eclesiastés); asimismo, la encontramos en las partes más didácticas de la Biblia, las teológicas. Pero aquí la tenemos, bajo esta forma poética en concreto, expresada como una experiencia por la que ha pasado el autor, el salmista; cómo ha entendido la enseñanza de Dios con respecto a eso y cómo Dios, en esa misma experiencia, lo ha guiado a una comprensión más profunda de sus caminos con respecto a los hombres. Este salmo es, pues, una introduc-

ción y, por tanto, tal como podríamos esperar, en él encontramos la enseñanza y la filosofía básicas de todo el libro.

UN MENSAJE

Pero al mismo tiempo, pues, y por la razón que acabo de exponer, es una introducción y un resumen muy bueno del mensaje de toda la Biblia. Porque la Biblia contiene un solo mensaje: lo expresa de diversas formas, pero se trata de un solo mensaje. Encontramos bastante geografía y geología, y bastante historia; se nos habla mucho de reyes, príncipes, guerras, luchas, nacimientos, bodas, muertes; infinitos detalles, pero un solo tema: los hombres y las mujeres en su relación con Dios y lo que Dios ha hecho por nosotros y nuestra salvación.

Hallamos esto, pues, en cada lugar y pasaje de la Biblia; y puesto que es el gran tema del Libro de los Salmos en general, también lo encontramos concentrado en este Salmo 1. Podemos decir, pues, que aquí tenemos la quintaesencia de la enseñanza de la Biblia con respecto a los hombres y las mujeres y a sus vidas en este mundo y en el tiempo. Por eso pido que prestes atención.

Somos criaturas del tiempo y por eso cada año que pasa[1] es significativo para nosotros. Dividimos el tiempo de esa forma: no tiene nada de malo si lo utilizamos correctamente. Cualquier cosa que

nos haga detenernos y reflexionar y meditar, cualquier cosa que nos haga considerar estas cuestiones y nuestra relación con el Dios todopoderoso, es positiva.

«Pero —dirá alguno—, ¿por qué nos cuentas estas cosas? ¿No te has quedado un poco anticuado? ¿No es esto una especie de anacronismo con respecto a este mundo moderno? ¿No nos puedes ofrecer algo más actual? ¿No puedes ofrecernos algo moderno? ¿No puedes ofrecernos una enseñanza nueva? Estamos en un nuevo mundo, en una época científica. ¿No puedes analizar la vida tal como es hoy día y ofrecernos tus conclusiones, así como lo que otros piensan y defienden? ¿Por qué no intentas aventurar lo que sucederá en el futuro? ¿Por qué no nos dices lo que debiéramos hacer, aquello por lo que deberíamos movilizarnos y que tendríamos que intentar que hicieran nuestros gobernantes? ¿Por qué no intentas planificar un nuevo orden mundial o una forma mejor de vivir? ¿Por qué no haces algo así, por qué retroceder a ese viejo Libro tuyo? ¿Por qué no haces algo nuevo?».

Esa, en mi opinión, es una pregunta justa. No pongo objeciones a ella. Y su respuesta se ofrece en un libro de la Biblia llamado Eclesiastés: «Nada hay nuevo debajo del sol» (Eclesiastés 1:9). ¡Nada en absoluto, nada nuevo! Si alguien pudiera demostrarme que la situación en que nos

encontramos en la actualidad es verdaderamente distinta, pensaría que la argumentación precisa de un nuevo enfoque; pero creo que podré demostrar que no hay nada diferente en absoluto.

La situación de los hombres y las mujeres en el mundo sigue siendo la de siempre. Podemos advertir lo que la gente buscaba en los tiempos del salmista. La felicidad. «Feliz es el hombre —¡ahí lo tenemos!—, feliz es el hombre que no anduvo en consejo de malos»: Bienaventurado, feliz. Estaban buscando la felicidad, y este hombre lo sabía; él mismo la había estado buscando.

Hoy día, pues, la necesidad fundamental de las personas sigue siendo la felicidad. No somos las primeras personas que han deseado ser felices: el género humano siempre ha estado en busca de ello. Toda la vida, la Historia y la civilización no es sino esta gran búsqueda de la felicidad. Nadie quiere ser desgraciado; nadie quiere ser infeliz; todo el mundo busca el gozo, la felicidad y el regocijo. La situación, pues, es exactamente la misma, no hay nada nuevo.

«¡Ay —dirás—, pero mira el mundo»! Pero el mundo siempre ha sido como es: un lugar de guerra y envidia; un lugar de celos, malicia, pesar y decepción. Siempre ha sido así. Puede adoptar diversas formas, pero eso no supone diferencia alguna en sí. Hubo un tiempo en que el cañón era tan terrible como lo es la bomba para nosotros. Es

la forma, simplemente, lo que ha cambiado; las condiciones esenciales, el estado precario de la vida en este mundo no es algo nuevo. No hay nada nuevo bajo el sol. Por tanto, no hay por qué abandonar esta antigua enseñanza, porque hace frente al mismo problema.

Pero tengo una razón mucho más poderosa para llamar tu atención a ello, y es que esta es la enseñanza de Dios; todo lo demás es enseñanza del hombre. ¡Ah! Ya sé que los filósofos han investigado este problema de la felicidad. Algunos de ellos han escrito sus Utopías. Eso es de lo que todo trataba: buscar la felicidad, la bienaventuranza. Pero fíjate, todo ha quedado en nada. Aquí tenemos lo que Dios prescribe para tener felicidad. ¡Dios! Por eso me remonto a la Biblia. Es porque este libro es esencialmente y todo él diferente de cualquier otro libro. No es un libro humano, no es una producción humana, no es una invención humana, ni una categoría o una lista de ideas humanas. Es la Revelación de Dios. Siempre lo ha sido y continúa siéndolo. Y eso es lo que el mundo necesita hoy tanto como lo ha necesitado siempre, y ciertamente hasta más que nunca.

Pero quiero añadir una razón adicional. Estamos ante una enseñanza que se ve confirmada por la experiencia de todas las épocas. Estamos ante un libro que dice lo que vemos en el Salmo

37: «Joven fui, y he envejecido» (versículo 25): Un hombre habla de su experiencia. Así pues, aquí captas la experiencia de los individuos, la experiencia de las naciones; y es muy buena cosa mirar atrás a una etapa de la Historia. Creemos que sabemos mucho, que somos muy inteligentes y muy diferentes. Pero cuanto más miras atrás y lees historia, más descubrirás que ciertamente no hay nada nuevo bajo el sol. Los hombres y las mujeres han estado siempre en una situación como la presente, y siempre han estado buscando la felicidad que se les escapa. ¿No es bueno, pues, que miremos atrás a este relato en que la gente y las naciones nos hablan del camino falso y el verdadero; el relato de aquellos que dicen: «¡Por fin lo he encontrado, es esto!»? Eso es lo que tenemos aquí; a un hombre que creyó la enseñanza de Dios y la puso en práctica. Esa es otra razón para volver la vista atrás.

Y además, en último lugar, es un libro que nos plantea y presenta clara y directamente una elección esencial. Ahora bien, eso me lleva a hacer uno o dos comentarios acerca de todo el método bíblico para afrontar el problema de la vida. Lo que diferencia a la Biblia de todos los demás libros y de todas las demás enseñanzas, donde reside su gloria, es que es esencialmente sencilla. ¿Has intentado alguna vez leer libros de filosofía? ¡Me parecen muy complicados! Con esa difícil ter-

minología, ¿quién es capaz de entenderlos? Gracias a Dios, aquí tenemos un libro que es sencillo, directo y claro; un libro que reduce la complejidad del problema a una sola cosa importante. La Biblia siempre lo expresa de esta forma. Te dice de principio a fin: «Tienes dos alternativas ante ti: y solamente dos». Solo hay dos alternativas: el camino de Dios y el camino de Satanás; el camino de Abel y el camino de Caín; el camino de Jacob y el camino de Esaú. Aquí, en este salmo, tenemos a un hombre bueno, un hombre piadoso, un hombre recto. Y por otro lado están los impíos y los malvados. Siempre aparecen estas alternativas.

La Biblia es, pues, un libro único que lo expresa sencilla y directamente y reduce todas las complejidades a una sola cosa: ¿Por qué camino voy? Es uno u otro. Y, por supuesto, va más lejos aún. Me ayuda expresándolo en forma de ejemplos, que es lo que encontramos en este salmo.

¡Oh, si tan solo comprendiéramos el corazón amoroso de Dios! Quiere que conozcamos, que entendamos; se inclina ante nuestra debilidad, condesciende ante nuestra ignorancia. Utiliza imágenes, ejemplos, la Historia; cualquier cosa que nos haga ver la verdad. Y eso es lo que está haciendo aquí. Se nos muestran dos clases de hombres: los impíos y los rectos. Se nos presenta un camino erróneo y otro camino recto; un cami-

no negativo y otro positivo. Y esa es la esencia de la buena enseñanza: que la cuestión no solo se nos presenta de forma positiva, sino también negativamente, a fin de que podamos ver el contraste y los ejemplos nos sirvan de ayuda.

¿Cuál es, pues, la enseñanza? Bien, como ya hemos visto, estamos deseosos de ser felices. «Bienaventurado —dice el salmista—, bienaventurado es este hombre recto». Sí, pero la pregunta es: ¿Cómo ha llegado a serlo? ¿Cómo se alcanza esa bienaventuranza? Y esta es la enseñanza de la Biblia con respecto a la cuestión más vital de todas. Quieres ser feliz, ¿no es así? ¿Te gustaría poder pensar que eres bienaventurado a pesar de todo lo que te pase?

¡Y es posible! Esa es la enseñanza de la Biblia y, en un intento de emular su ejemplo de y sus maestros a fin de hacerlo sencillo, he intentado dividir esta cuestión en teoría y práctica. Ese es siempre el enfoque correcto. En primer lugar, consideramos la teoría del asunto; y luego lo que nos dice que hagamos. Y eso es exactamente lo que se nos presenta en estos dos versículos.

En primer lugar, pues, la teoría, que es de suma importancia. Jamás creamos a nadie que nos diga que no la necesitamos, que simplemente debemos lanzarnos a practicar algo. No, si somos sabios, leeremos en primera instancia acerca de ello y comprenderemos un poco la teoría antes de

actuar en consecuencia. Lo primero que nos dice la Biblia es que la felicidad es posible. Y lo recalco porque es lo más chocante y sorprendente de todo en un mundo como este; pero es el gran mensaje de la Biblia. Viene a nosotros, por así decirlo, y nos declara: «La felicidad, la bienaventuranza, es posible».

Ahora bien, muchos se ponen en camino en la vida pensando que pueden encontrar la felicidad y conservarla fácilmente. Creen guardar un secreto que nadie ha conocido jamás. «Esos adultos —decimos en nuestra juventud— y esos ancianos han perdido el rumbo. ¡Qué necios, no entienden, míralos: son una nulidad! Nosotros conocemos el secreto, lo hemos descubierto y vamos a encontrarla». Empezamos de esa forma. Pero no pasa mucho tiempo —y no es cuestión de pesimismo sino de ceñirse a los hechos— sin que empecemos a sospechar que no es tan fácil como pensábamos y descubramos que, si existe algo completamente huidizo en el mundo, es la felicidad.

¿Cuál es la siguiente fase? Bien, para la mayoría de las personas —ciertamente para todo el que no se convierte en cristiano— es caer en la desesperación y en una sensación de impotencia absoluta. «¿Paz, perfecta paz, en este mundo de pecado y oscuridad?», dice el autor del himno: «¡Imposible! ¡Completamente imposible!», responden.

Hay muchos que se encuentran en esta situación; y, nos guste o no, es un claro hecho que la más grande literatura del mundo es literatura trágica. Las más grandes obras de teatro de Shakespeare son sus tragedias. Las más grandes obras literarias que produjera Grecia son las tragedias griegas. ¿Por qué? Porque la vida es trágica. Así, la idea frívola de Peter Pan de la vida es pura insensatez. Todo lo grande e importante de la vida se ha mostrado siempre —tal como lo describió una vez un escritor español— como «el sentimiento trágico de la vida».

La vida es una tragedia. Lo vemos en todas partes; nos rodea por todos lados, y ese es el gran problema y la búsqueda de los seres humanos; buscan la felicidad porque se encuentran en medio de la tragedia. Pero hay muchos que llegan a la conclusión de que es imposible, cuando el único resultado es el que tan a menudo describe Shakespeare con tanta brillantez: la última escena en la que muere casi todo el mundo. Ese es el final de todo: ¡la tragedia!

Pero hay otros que van más lejos. No solo están llenos de desesperación e impotencia, sino que se han vuelto cínicos. «La vida —dicen—, ¿qué es eso?». Shakespeare, una vez más, conocedor de todas las clases y los tipos de ser humano, lo pone en boca de uno de ellos y dice: ¿Qué es la vida? ¡No es sino «un cuento contado por un idiota, lle-

no de ruido y furia, que no significa *nada*!». Eso es cinismo. Así es la vida: «Un cuento contado por un idiota». Y cuando leemos la historia de la raza humana no podemos más que sentir que hay algo de cierto en ello. ¿Qué son todas esas guerras, todo esos preparativos bélicos, sino pura idiotez, locura, enajenación? El hombre es un idiota, un necio.

El cínico ha llegado a verlo y lo dice. Hay algunos poetas que también han expresado esta visión; aquí tenemos a uno de ellos, un cínico típico:

No contendí con ninguno, porque nadie merecía mi [contienda.
Amé a la naturaleza y tras la naturaleza el arte.
Me calenté ambas manos ante el fuego de la vida;
se extingue y estoy preparado para la partida.

WALTER SAVAGE LANDOR

Esa es la actitud de hastío de muchos en la actualidad. Otro hombre lo expresó de este modo:

Puesto que todo hombre que vive nace para morir,
y nadie puede jactarse de ser verdaderamente feliz,
aceptemos todo lo que nos suceda con el mismo sentir,
no nos regocijemos ni entristezcamos por cosas que no [están en nuestra mano.

Caminamos como peregrinos hacia el lugar señalado:
el mundo es una posada y la muerte el final del
[trayecto.
JOHN DRYDEN

«Muy bien —dice—, no seas demasiado feliz ni demasiado desgraciado; simplemente pasa por ella lo mejor que puedas, sin llorar por las cosas perdidas, sin esperar nada». «No importa dónde estés y qué es lo que hagas —dice el cínico—, siempre hay dificultades». «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Eclesiastés 1:2). Esa es la conclusión a la que llegan las personas inteligentes. Cualquier pensador en el mundo que no sea cristiano llega a una u otra de estas conclusiones. O bien se hunde en la desesperación, o bien se arrincona en su cinismo y habla así del mundo.

La Biblia da respuesta a todo eso y lo niega. Dice: «Sí, lo que has dicho es verdad en cierto sentido, pero… te has olvidado del factor más importante: ¡Dios! «***Bienaventurado el varón […]***». La felicidad es posible hasta en este mundo. «¿Paz, paz perfecta en este oscuro mundo pecaminoso?». Sí: «La sangre de Jesús proporciona paz». Esta es una gran declaración contra la desesperación, la impotencia y el cinismo de un mundo sin Dios. Eso es lo primero que encontramos en la teoría del Salmo 1.

Pero, en segundo lugar, la Biblia es una vez más única y diferente de todo lo demás en el sentido de

que, desde el mismísimo principio en este caso, nos dice que no encontramos la felicidad porque la buscamos de forma errónea. Ahí es donde entra la teoría. La mayoría de las personas dice: «¡Voy a buscar la felicidad!», y allá van. Amigo mío, detente, espera un momento, considera la dimensión teórica. Debes aprender a buscar la felicidad; porque si no la buscas de forma correcta, no la alcanzarás nunca. Si comienzas en el camino erróneo, llegarás al destino erróneo. Es tan sencillo como eso. Debes estar en lo correcto en lo referente a la teoría, y la Biblia tiene su teoría con respecto al secreto de cómo se encuentra la felicidad.

ALGUNAS NEGACIONES BÁSICAS

La *primera* negación es que, en última instancia, la felicidad no depende de las circunstancias. ¿No es eso importante? Todos pensamos —¿no es así?— que nuestra felicidad depende de las circunstancias. Con los bolsillos llenos y el horizonte despejado todo va bien. ¿Pero qué pasa si pierdo mi dinero o las circunstancias me son adversas? ¿Cómo puedo entonces ser feliz? La felicidad humana depende de las circunstancias y los acontecimientos; y al mirar hacia el futuro, no cabe duda que te has dicho a ti mismo: «¡Qué maravilloso sería si sucediera eso! Si no es así, volverá el caos y jamás podré ser feliz». ¡Pero qué erróneo es eso! Ese es el primer principio de la enseñanza

bíblica: la felicidad no depende en absoluto de esas cosas.

La *segunda* negación —y aquí vemos la gran sabiduría de la Biblia—, es que no se debe buscar jamás la felicidad como un fin en sí mismo. Es el efecto secundario de otra cosa. ¿»Bienaventurado el varón que busca la bienaventuranza»? ¡No! ***«Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos [...]; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche»***. No busca la felicidad. Esa es la esencia de la sabiduría. Si buscas la felicidad y vives para ella, jamás la obtendrás, ¡nunca!

Ese es el gran mensaje que tenemos aquí; pero quiero ofrecerlo en su manifestación neotestamentaria. Escuchemos a nuestro Señor: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados». No bienaventurados porque tienen hambre y sed de felicidad, sino: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de *justicia*, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). No son las personas que buscan esa felicidad huidiza, sino las que buscan la justicia, las que la encuentran.

Por otro lado, consideremos cómo lo expresó en ese mismo Sermón del Monte un poco más adelante: «Mirad —viene a decir—, estáis cometiendo un terrible error. Decís: '¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Mi

felicidad depende de la comida, la bebida y el vestido. ¿Y qué me va a suceder?' ¡Qué ceguera tan trágica la vuestra!», dice nuestro Señor. «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas [otras] cosas os serán añadidas» (Mateo 6:31,33).

Se dan por añadidura. Si buscas la felicidad, jamás la encontrarás; te eludirá siempre, siempre se te escapará. Pensarás que la tienes, pero de pronto habrá desaparecido; es como intentar atrapar una pompa de jabón: desaparece en el momento en que la atrapas, estalla en tus manos y no queda nada. «No, no, ese es el gran error —dice la Biblia—, corrige tu teoría. Nunca conviertas la felicidad en un fin de por sí. Siempre es un resultado indirecto. Es siempre un efecto secundario de algo infinitamente mayor». Por expresarlo en forma positiva: «La felicidad —dice la Biblia— depende únicamente de dos cosas. Uno: de nuestra relación con Dios y su justicia. Dos: de lo que somos, no de lo que nos sucede. Ese es el secreto».

¡Qué libro tan profundo es este! ¿Por qué la gente hace caso omiso de él? Esta es una afirmación de Shakespeare que nunca me canso de citar, lo expresa a la perfección:

El error, mi querido Bruto, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos, que somos sus subordinados.

Está en ti mismo, no en lo que te sucede. «Dos hombres miraron por las rejas de una cárcel; uno vio barro y el otro estrellas». Las circunstancias pueden ser idénticas, ¡pero qué diferencia hay entre ambos! Y la diferencia residía en los hombres y no en su entorno.

Una rosa junto a la ribera,
una rosa amarilla era para él,
y nada más que eso era.
WILLIAM WORDSWORTH

Ese era un tipo de hombre, pero aquí tenemos al otro:

La más minúscula flor agitada por la brisa
engendra en mí pensamientos demasiado profundos
[como para derramar lágrimas.
WILLIAM WORDSWORTH

«La belleza está en el ojo del que mira». No son las circunstancias, no son los acontecimientos los que determinan que seas feliz o no; es tu relación con Dios, es lo que tú mismo eres. Esa es, pues, la teoría.

Pasamos ahora, pues, a la práctica; y nuevamente, es tan sencilla, clara y directa como puede ser. Si alguno de nosotros va al Infierno no podrá más que culparse a sí mismo de ello. Nunca podrás

decir que el mensaje era tan difícil y complicado que no podías entenderlo. ¿No es el ABC? ¿No es esencialmente sencillo? El salmista no se queda en la teoría; la desarrolla detalladamente porque nos conoce muy bien.

¿Cuál es, pues, la práctica? «***Bienaventurado el varón que* no *[...]***». Nuevamente, comienza por una negación. No nos gustan las negaciones, ¿no es así? ¡Somos suficientemente inteligentes, no hace falta que se nos diga lo que no debemos hacer! Lo que queremos es que se nos diga lo que debemos hacer. ¿No es esa la actitud moderna? La Biblia siempre está diciendo: «No harás [...]. No harás [...]». ¡Por supuesto que sí! ¿Por qué?

EMPEZAR POR LO NEGATIVO

Bien, cuando uno afronta la vida, es sumamente importante comprender por qué lo negativo antecede a lo positivo, y estas son las razones. Primero, la Biblia comienza por lo negativo porque es el libro más realista del mundo. Siempre comienza por el mundo tal como es. Pero eso no nos gusta; ¡nosotros empezamos pintando cosas bonitas! Aquí estamos, al comienzo de nuestra vida: «Bien —decimos—, vamos a ser felices», de modo que pintamos una estampa maravillosa; comenzamos a soñar, ¡y por eso no encontramos la felicidad jamás! Debemos empezar por ser realistas; debemos comenzar por el mundo tal como es y donde

está. Sé que es sumamente desagradable y que no gusta hacerlo.

Aquí me viene a la memoria la historia del irlandés. Una vez, un viajero que pasaba por Irlanda paró a un hombre que trabajaba junto al camino y dijo: «Vamos a ver, amigo, si tuviera que ir a Dublín desde aquí, ¿qué camino tomaría?». El irlandés contestó lo siguiente: «Desde aquí no iría». Eso contiene una profunda lección espiritual, ¿no es así? Pero todos somos irlandeses en un sentido espiritual. «¿Cómo se va? Desde aquí no iría». ¡Exactamente! En otras palabras, no queremos enfrentarnos a nosotros mismos. Queremos comenzar por algún otro sitio. Queremos dar un salto de mil kilómetros y partir desde allí en un vuelo fletado a la felicidad. Pero, querido amigo, estás donde estás y debes partir de ahí te guste o no. Eso es ser realistas. Y la Biblia jamás elude los hechos; nos hace afrontarlos con un crudo realismo, como no hay nada más en el mundo que lo haga. Es un libro sumamente sincero.

En *segundo* lugar, la Biblia siempre comienza por una condenación negativa, porque lo primero que tiene que decirnos es que la vida, tal como es en este mundo, es malvada. Los hombres y las mujeres no tienen esperanza alguna hasta haber sido convencidos de pecado. Lo primero que deben asimilar es que, tal como están, están mal; y que todo su mundo es erróneo, malo y vil.

«***Bienaventurado el varón que no [...]***». Nos grita y nos sacude, y lo necesitamos. «¿No es la vida maravillosa?», dice el mundo. «No —dice la Biblia—, es sucia y fea».

En *tercer* lugar, la Biblia siempre comienza por lo negativo porque, si deseamos ser buenos médicos del alma —o de cualquier otra cosa—, mejor será que comencemos por el diagnóstico antes de apresurarnos a un tratamiento. Hace falta algo de tiempo para examinar el caso antes de administrar algún jarabe calmante. Pero eso no nos gusta. «Danos algo diferente; danos algo que calme el dolor; danos algo que nos haga sentirnos felices». No, no, si somos buenos médicos diremos: «Bien, ¿qué causa el problema de este hombre? Debo analizarlo, examinarlo». Hace falta comprobar su historial, es preciso examinarle con las manos, ahondar hasta conocer la causa de su problema. Pero si empiezas a administrarle un tratamiento antes de haber descubierto la causa, eres un médico pésimo. Mas eso es lo que hace el mundo entero. Los diagnósticos nunca son de su agrado. Dice: «Ven conmigo, te ofreceré un espectáculo, te mostraré algo. ¡Jamás has visto algo tan maravilloso en toda tu vida!». Y el mundo puede ofrecerte inmediatamente un paquete con todo lo que necesitas. Pero no puede dártelo. Es preciso comenzar por el diagnóstico y descubrir la causa. Tratas el problema, pues, de la siguiente forma: «Si dices que

quieres ser feliz, la primera pregunta a plantearse es: ¿por qué eres infeliz?». Eso es de sentido común, ¿no es cierto?

En *cuarto* lugar, los primeros pasos hacia la salvación consisten siempre en reconocer el mal y el pecado y la necesidad de arrepentirse. Arrepiéntete y cree en el evangelio. Juan el Bautista siempre antecede al Señor Jesucristo. La convicción de pecado siempre viene antes que el perdón. Nadie hallará la felicidad hasta haberse apartado del mal y entregado a Dios.

A continuación, y esto es lo más importante de todo, permítaseme unir los puntos 5 y 6 a fin de subrayarlos. La Biblia nos arroja a la cara una negación como esta desde el mismísimo comienzo a fin de hacernos saber que el camino de la vida y la salvación de Dios es absoluta y esencialmente distinto de todo lo que hemos conocido. La Biblia dice: «El camino de la felicidad *no* es lo que tú y todos los demás han pensado siempre que era. Si vienes a mí y me escuchas —dice la Biblia—, debes estar dispuesto a sorprenderte. Debes estar dispuesto a escuchar algo que no has oído nunca en toda tu vida. Algo que ni siquiera has imaginado; algo revolucionario, algo que proviene de otro mundo». ¡Exactamente! No es el hombre, es Dios. No es la tierra, es el Cielo el que desciende. Es la eternidad introduciéndose en el tiempo. Es algo completamente distinto. El camino a la bienaven-

turanza es *no*..., es un «no» a todo aquello en lo que hemos creído y confiado. El género humano no lo ha imaginado jamás, ni siquiera en la cima de sus facultades. Es el camino de Dios, y es único.

LOS DETALLES

Esa es, pues, la explicación de las negaciones. Pasemos ahora entonces a los detalles concretos. Son muy sencillos. ¿Qué debemos evitar? Bien, en *primer* lugar, el *«consejo de malos»*: ***«Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos»***, lo cual significa que, si quieres ser feliz, lo primero que debes hacer es dejar de prestar atención a toda la visión del mundo en la actualidad; esa visión carente de Dios y opuesta a él y que no le reconoce.

Esa es la razón de que el mundo se encuentre en semejante estado; se debe a que es impío. «No hay Dios en ninguno de sus pensamientos», dice el salmista en otro lugar acerca de esta misma clase de hombre malo (Salmo 10:4). «Si quieres ser feliz —dice la Biblia—, no andes en los consejos de los malos», y «consejos» significa aquí las cosas que el hombre malo te aconseja que hagas. Te dice: «No malgastes el tiempo yendo a esas iglesias; no malgastes el tiempo leyendo ese antiguo libro llamado la Biblia. ¡Está caducado, pasado de moda; la ciencia es netamente superior! Ahí no vas a encontrar nada. ¡No creas en Dios: cree en ti mismo!».

Malo, así es su consejo. Confía en su propia sabiduría; confía en su propio entendimiento; confía en sus propios conocimientos, aunque debe admitir que aquello que se consideraba ciencia hace cincuenta años es ahora motivo de burla, como ha sucedido a lo largo de los siglos. Y, sin lugar a dudas, lo que ahora se cree será motivo de burla dentro de cincuenta años. Pero sigue confiando en ello: confía en su propia razón, en sus propias investigaciones y en sus descubrimientos; confía en sí mismo y en sus facultades innatas, y desestima a Dios y todo lo que representa. Así es el malo.

Pero la palabra que se traduce aquí como «malo» es de gran interés. La mismísima palabra que se utiliza contiene un matiz de intranquilidad. Y el malo debe estar intranquilo porque desconoce; su conocimiento es contingente; siempre está obligado a cambiar de teorías debido a que los nuevos descubrimientos las echan por tierra. Soy lo suficientemente mayor como para recordarlo. A mí me enseñaron que el átomo era indivisible, que era la partícula más pequeña de la materia. El átomo: ¡lo más pequeño que existe! ¿Y dónde está ahora esa certeza? Ha desaparecido, ha quedado completamente obsoleta. «Muy bien —dice la Biblia—, no andes en el consejo de semejante hombre. ¡No le escuches!».

En *segundo* lugar, no estés ***«en camino de pecadores»***. No hace falta explicarlo: si quieres ser

feliz, debes evitar el camino del mundo, el camino del pecador. Él vive para su carne. Vive para comer, beber y entregarse al sexo. Ahora bien, yo no estoy aquí para predicar contra esas cosas, simplemente estoy aquí para decirte que jamás encontrarás la felicidad de ese modo. Nadie lo ha hecho nunca. Piensan que es así, pero pronto descubren que no. No vayas por el camino de los pecadores: jamás te dará la felicidad.

Y luego, en *tercer* lugar, no te sientes «***en silla de escarnecedores***». ¿Quiénes son estos? Los que se burlan, los que sacan la lengua ante todo lo que es sagrado y santo y está santificado. Se trata de las personas listas que se ríen de la religión y bromean al respecto, que se burlan de Dios, de su ley y de sus decretos; que se burlan de todo lo santo en la vida, el matrimonio y todo lo demás. Son las personas que se burlan de la moralidad y la decencia y que dicen estar «expresándose».

Las personas populares hoy día son las que bromean con respecto a todo; no hay nada sagrado, nada digno de admiración, hay que reírse de todo, hablar de todo en broma, Dios incluido. ¡Qué ingenioso, qué superficial; y cuenta con la alabanza de los críticos! La silla de los escarnecedores, de los que se burlan, de los meros manipuladores ingeniosos, de los hombres y las mujeres desalmados, que desconocen por completo la gloria de la vida. Son las personas vacías que viven de

sus genialidades y no tienen más que eso: nada valioso, nada tierno, nada hermoso, nada limpio, nada por lo que merezca la pena morir, nada en absoluto.

Ahora bien, eso es lo que nos dice el salmista detalladamente: «***Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado***». ¿Hay una progresión en esos versículos? Yo creo que sí. Andar, estar, sentarse. Es una maravillosa imagen del creciente dominio que tiene el pecado sobre todos nosotros, del creciente dominio que tienen los malos hábitos sobre el alma. Al principio caminamos con ellos y decimos: «No me voy a convertir en un esclavo de eso: estoy andando, sigo moviéndome!». Sí, pero pronto llegará una fase en que estaremos de pie, ya sin caminar. Y luego llegará una fase en que estaremos sentados. Nos habrá dominado, y ahí estaremos: sentados.

Pero esta progresión implica asimismo una creciente parálisis producida por el pecado; cómo hace que el hombre y la mujer, y lo mejor que hay en ellos, degenere siempre de forma que finalmente se queden en un rincón diciendo: «¿De qué sirve todo? Comamos, bebamos y seamos felices, porque mañana moriremos». «*Sentarse* en silla de escarnecedores». ¡Qué descripción! Ahí están, inútiles e inmóviles; no hacen nada, no cambian

nada, simplemente se sientan y balbucean y farfullan su inteligencia. Escarnecedores y mofadores. No les escuches. Se encuentran tan lejos de la felicidad como pueda estarlo cualquier otro. Lo han perdido todo y no albergan esperanza alguna en absoluto; se sientan paralizados por el mal y el pecado.

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Eso es, pues, lo negativo. Permítaseme exponer brevemente lo positivo. Es simplemente desarrollar la teoría que ofrecí al comienzo. Este es el secreto de la felicidad. Que el hombre o la mujer se deleite *«**en la ley de Jehová**»*, y no en la inteligencia de los filósofos o en las conjeturas de los supuestos pensadores; no en seguir a los impíos con sus propias reflexiones y razonamientos, sino en la ley de Jehová: la Biblia; la norma de Dios; el Antiguo Testamento y el Nuevo; la ley y el evangelio. Aquí está lo único que necesitamos. El camino de Dios para la felicidad; está todo delante de mí.

Y fijémonos en que los bienaventurados son aquellos que se deleitan en ella. No se toman un mero interés intelectual. No la leen meramente por miedo a las consecuencias de no hacerlo y por temor a las consecuencias del pecado. No la examinan simplemente porque sean utilitaristas y piensen que puede servirles de ayuda: «La honradez es la mejor política y quiero salir adelante, de modo

que no hago ciertas cosas por ese motivo». Esa no es su actitud. Se *deleitan* en la ley de Dios. Les agrada mucho conocerla. Dicen: ¿No es maravilloso? ***«En su ley [meditan] de día y de noche»,*** porque reconocen que no hay nada comparable. Todo lo demás es vano, paja, neblina. ¡Aquí está! La verdad de Dios, la sabiduría de Dios y —¡qué maravilloso!— funciona, me da lo que necesito». Lo disfrutan. Este es el hombre feliz, la mujer feliz.

Permítaseme expresarlo tal como hace el salmista. Nuestra traducción no es tan buena como podría ser. Aquí leemos: ***«bienaventurado el varón»;*** pero lo que el salmista escribió fue lo siguiente: «¡Oh, cuán bienaventurado es el varón!». ¿Por qué? Para expresar la plenitud, la diversidad, la amplitud, el salmista dice: «No puedo describirlo. ¡Oh, cuan bienaventurado [...], qué maravilloso es!». Escuchemos a John Newton versificándolo:

Ved los ríos de agua viva
que por las praderas van;
su belleza nos cautiva,
nuestra sed apagarán.
¿Con sus aguas quién desmaya
en la senda terrenal?
Pues la paz con Dios se halla
cual sus aguas en raudal.

Es la bienaventuranza de saber que los pecados han sido perdonados; la bienaventuranza de saber que Dios, en su amor, ha borrado todo lo que dije, hice y pensé en el pasado que era impuro e indigno y pecaminoso, debido a que Cristo murió por mí. ¡Oh, qué bienaventuranza es saber que todo el pasado está olvidado y que jamás volverá a presentarse en mi contra: el perdón!

¿Y qué más? Bueno, la vida en Cristo. La vida en Dios. Nuestro Señor dijo: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10:10). Eso es; qué bienaventuranza recibir vida de Dios; paz, gozo y esa abundancia, esa plenitud. Entrarán, y saldrán, y hallarán pasto (*cf.* Juan 10:9); no habrá fin.

Gracia abundante hay en ti,
mis pecados cubrirá;
haz que abunde sanidad
y pureza siempre en mí.
Fuente de vida eres tú,
saciarme quiero de ti,
brota tú en mi corazón,
quédate por siempre en mí.

CHARLES WESLEY

¿Tienes tú esta bienaventuranza? ¿Conoces esta felicidad? ¿Te deleitas en la Biblia? ¿Te deleitas en Dios? ¿Te deleitas en el Señor Jesucristo? ¿Te

deleitas en meditar acerca de los gozos y la gloria de la Eternidad? Si lo haces, independientemente de lo que haga contigo el mundo, seguirás siendo bendecido; seguirás siendo feliz; nada puede arrebatártelo, está dentro de ti, entre tú y Dios; y no depende de las circunstancias.

¿Cómo puedes obtener esto? No puedes *hacer* que disfrutes de la Biblia. Si lo intentas, descubrirás que no funciona. No puedes convertirte a ti mismo en una persona justa y buena: tu voluntad es demasiado débil. No deposites la más mínima fe en tus determinaciones de Año Nuevo; pronto se habrán desvanecido. Solo hay una forma de obtener esta bienaventuranza. Acude a la Biblia y saldrá a tu encuentro y te dirá: «Ahora bien, escucha: eres infeliz y desgraciado porque has vivido la vida del mundo, de hombres y mujeres en pecado. Debes salir de ahí». ¿Pero cómo? Hagas lo que hagas, jamás podrás salir de ti mismo.

«No —dice la Biblia—, pero de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). «El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). Escucha esta enseñanza, esta ley de Jehová, y te dirá: arrepiéntete y cree en el evangelio. Reconoce tu pecado; reconoce tu fracaso; cree que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios y que vino a este mundo y murió en la Cruz

para soportar el castigo de tu pecado, para liberarte, para reconciliarte con Dios, para darte nueva vida y hacerte heredero del gozo eterno.

¡Créelo! y descubrirás que ha depositado una nueva vida en ti. Te convertirás en un nuevo ser. Descubrirás que disfrutas verdaderamente de la Biblia, te deleitarás ***«en la ley de Jehová»***. Desearás leerla por encima de cualquier otra cosa y perderás la apetencia por el mundo y sus placeres perecederos. Y querrás saber más de Dios y de Cristo, y de la esperanza de gloria.

Salvador, si por tu gracia
ciudadano de ella soy,
y el mundo me desprecia,
en ti yo confiado estoy;
lo mundano con sus gustos
se va todo a deshacer,
dicha eterna solo el hijo
de Sion puede conocer.

JOHN NEWTON

¿Los conoces? Escucha esta sabiduría. Este es el camino, el único camino; apártate del malo, de su pensamiento, de sus prácticas, de todo lo relacionado con él. Cree en el mensaje de Dios en Cristo. Recíbelo en tu corazón. Entrégate a él y pídele que te llene con esta vida que es la única que puede hacernos bienaventurados y mantenernos en la

bienaventuranza independientemente de lo que nos suceda en este mundo por un tiempo.

[1] Este sermón se predicó en el primer domingo de 1963.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Verdadera felicidad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones
¡El evangelio para cada rincón de la vida!